



EMMA GOLDMAN

1. APROXIMACIÓN BIOGRÁFICA

La vida de Emma Goldman tiene sin duda un gran interés histórico y político. Sin embargo, no se trata aquí de sumar otra biografía a la autobiografía que ella misma dejó escrita y a las biografías que ya se han publicado. Pero, a pesar de no ser ésta la intención fundamental de esta incursión en su pensamiento y, especialmente, en el que se relaciona con el feminismo en Goldman, habrá que empezar por situar algunos datos biográficos. Y ello porque realmente la figura de esta anarquista decisiva resulta ser hoy todavía insuficientemente conocida²⁹.

Emma Goldman (Kaunas, 27 de junio de 1869 – Toronto, 14 de mayo de 1940) nació en la que hoy es Kaunas, capital de Lituania, en ese momento denominada Kovno y perteneciente al Imperio Ruso. Su familia, judía ortodoxa, regentaba un modesto hotel en Popelan y Emma ya había nacido cuando, un año después, su madre, Taub Bienowitch, y su padre, Abraham Goldman, contrajeron matrimonio. Además de las dos hijas de la madre, fruto de un matrimonio anterior, el nuevo matrimonio tuvo dos hijos más, ambos varones. Si nos atenemos a la biografía de José Peirats, Emma fue «una hija no deseada. El marido, por su parte, hubiera deseado un varón. La madre veía con espanto una boca más. Aunque nacieron después dos varones (Herman y Morris), el padre no perdonaría nunca a Emma su sexo ni, más tarde, su rebeldía» (Peirats, 2011, p. 51).

²⁹ Goldman, Emma, *Living My Life*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1931, volumen I; Garden City Publishing Company, 1934, volumen, II. Hay que destacar la exhaustiva biografía de Peirats, José, *Emma Goldman. Anarquista de ambos mundos*, Madrid, La Linterna Sorda Ediciones S.L., 2011 (hay una edición de esta misma biografía en 1983, Barcelona, Editorial Laia, con el título *Emma Goldman. Una mujer en la tormenta del siglo*). Otra biografía recomendable es Drinnon, Richard, *Rebelde en el paraíso yanqui*, Buenos Aires, Editorial Proyección, 1965. Para una introducción breve a los datos biográficos de Goldman resulta particularmente útil el prólogo de Shulman, Alix, «La mujer más peligrosa del mundo», en Goldman, Emma, *Tráfico de mujeres y otros ensayos sobre feminismo*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1977, pp. 7-23.

A la edad de siete años, Emma empezó a asistir a la escuela. Pero, cuando contaba once años, el asesinato del zar Alejandro II dio pie a una gran represión religiosa y étnica, entre otros sobre los judíos, por lo que la familia tuvo que trasladarse a San Petersburgo. El clima familiar estaba presidido por la brutalidad del padre contra su esposa y sus hijos, en especial contra Emma. El padre arregló un matrimonio para la adolescente, cuando ésta tenía quince años. Ella rechazó ese concierto. Y el enfrentamiento consecuente con el padre, así como la imagen de Estados Unidos como tierra de libertad frente al opresivo y atrasado sistema ruso, le decidieron a emigrar allí para reunirse así con su hermanastra Lana. Tan grande fue su empeño, que finalmente el padre accedió y Emma embarcó junto a otra hermanastra Helena en 1885 rumbo al Nuevo Mundo. Arribaron a Rochester, en el Estado de Nueva York, y allí Emma comenzó a trabajar como costurera.

En Rusia Emma ya había tenido simpatías por los que se levantaban contra el sistema absolutista y había leído con pasión las historias de figuras revolucionarias que apostaban por el compromiso con el pueblo. Pero fue al año siguiente de su llegada a Estados Unidos cuando sucedió un episodio que marcaría definitivamente su orientación política. El 1 de mayo de 1886 en la plaza de Haymarket, en Chicago, se realizaba una protesta de trabajadores por los bajos salarios y las extensas jornadas laborales contra la firma agrícola McCormick. La fuerte represión policial originó nuevas protestas y, tres días después, un explosivo durante una de esas protestas acabó con la vida de varios policías. Fueron acusados cinco anarquistas que, tras un juicio poco claro, fueron condenados a muerte. Uno de ellos se suicidó en su celda, mientras los otros cuatro fueron ahorcados el 11 de noviembre de 1887: he aquí el origen de la celebración del 1 de mayo internacionalmente como Día del Trabajo. Se ha juzgado que este acontecimiento sirvió de auténtico punto de conversión para Emma Goldman: «Emma siguió atentamente todos los sucesos referentes al juicio de Chicago, y leyó todos los escritos sobre anarquismo que cayeron en sus manos. La noche en que los cuatro hombres fueron linchados experimentó una profunda conversión, de intensidad casi religiosa. Mucho tiempo después, señaló que fue en ese momento cuando dio comienzo su vida. La rebelde se volvió revolucionaria para siempre» (Shulman, Alix, p. 13, nota a pie de página).

Emma contrajo matrimonio con el ruso Jacob Kresner, a quien había conocido en su trabajo en el taller textil, pero este matrimonio no llegó al año y Emma, tras separarse, decidió trasladarse a Nueva York en el verano de 1889, con veinte años. En una tertulia anarquista de esta ciudad le presentaron a Alexander Berkman, con quien compartiría ya para siempre una dilatada relación amorosa, política y de amistad. También conoció a Johann Most, quien había evolucionado del socialismo al anarquismo y con el que, junto a una fugaz relación amorosa, comenzó realmente a fajarse como oradora y propagandista, dando conferencias en varios Estados y en el propio Estado de Nueva York. Pronto los contenidos de sus conferencias saltaron a la prensa, que expresaba su rechazo e, incluso, su escándalo ante ellos.

Una huelga en el verano de 1892, en la ciudad de Homestead (Pennsylvania) de los trabajadores de la fundición de Andrew Carnegie se saldó con siete huelguistas y dos policías muertos. Henry Clay Frick, gerente y millonario, fue considerado el principal responsable de la cruel represión y, tras fallar los planes anarquistas para atacar contra él con una bomba, Berkman toma la iniciativa y dispara al empresario, fallando el tiro que sólo le hiere. Su atentado fallido le supone una condena de veintiún años de cárcel y Emma Goldman inicia una intensa campaña para defenderle.

La campaña de agitación que siguió llevando a cabo, proclamando la lucha contra la propiedad, propició su detención en 1893 y su condena a un año de cárcel por incitar a la violencia, condena que cumplió en la prisión de las islas Blackwell. En agosto de 1894 abandonó el penal y «No todo había sido negativo. Se había preparado en inglés, se familiarizó con esta literatura y descubrió a Walt Whitman, Mark Twain, Thoreau y Emerson. Su experiencia carcelera desarrolló en ella una devoción por la profesión de enfermera» (Peirats, 2011, p. 70). Con esta devoción por delante, viajó a Viena a cursar estudios de enfermería. Y en ese viaje a Europa, en el que siguió con su actividad de oradora en Londres en el célebre Hyde Park, conoció a figuras anarquistas tan relevantes como Louise Mitchell, Kropotkin y Malatesta. Ya en Viena, conocería a Sigmund Freud, entonces un joven profesor, y quedaría subyugada para siempre con la música de Wagner (Peirats, 2011, p. 72).

A causa de un problema uterino, que exigía cirugía, Emma resolvió renunciar a la maternidad. Esta decisión sin duda estaba dictada por el rechazo a recluírse en las tareas domésticas y perder su independencia. En Viena aprendió todo lo relativo a los métodos anticonceptivos, pero tuvo que abandonar sus estudios en la capital austríaca por falta de medios económicos para continuar allí. Una vez en Estados Unidos de nuevo, fue acusada de instigar el asesinato del presidente William McKinley a manos de León Czolgosz, ya que éste declaró que Emma Goldman había sido quien le inspiró a ello. Este suceso supuso un nuevo, pero esta vez breve, encarcelamiento de la anarquista. Sin embargo, también supuso que se convirtiera para la prensa y el imaginario social en la primera enemiga pública, lo que le costó a partir del año 1901 sufrir insultos y agresiones, ser rechazada en varios puestos de trabajo como enfermera y, en definitiva, tener que aislarse dos años en el más completo anonimato.

En 1906 funda la revista *Mother Earth*, una publicación mensual que recogió en su nómina de firmas a la izquierda más radical de ese momento en la sociedad estadounidense. En este año, Berkman por fin salió de la cárcel y desde el principio colaboró activamente con la revista, fundado después su propia publicación con el título de *The Blast*. Berkman, deteriorado física y psicológicamente tras su largo confinamiento en la prisión de Pittsburgh, «no encontró la paz del espíritu hasta que apareció su propio periódico» (Peirats, 2011, p. 90; Drinnon, 1965, pp. 146 y ss.).

El gobierno estadounidense le retira la nacionalidad en 1909, que había obtenido de su matrimonio con Kresner, de modo que Goldman pasa a ser una indocumentada y tiene cada vez mayores problemas con la policía en su actividad pública. Aparece su

primer libro, *Anarquismo y otros ensayos*, dos años después. Arrestada en innumerables ocasiones, Emma no cesará sin embargo en sus conferencias y declaraciones públicas y, cuando estalla la Primera Guerra Mundial en 1914, manifestará abiertamente y hará campaña por el antimilitarismo, entre otros medios en su revista *Mother Earth*. Se le acusó como propiciadora de una bomba en una parada militar en San Francisco en julio de 1916, junto con Berkman. Ambos fueron acusados de contravenir la Ley de Espionaje y, tras el juicio, se fijó su deportación. Esta se produjo el 21 de diciembre de 1919, en que Emma zarpó, junto con Berkman y junto con más de doscientos deportados de Estados Unidos, tras treinta años de vida en suelo norteamericano.

Emma Goldman, en su revista y en sus alocuciones públicas, había defendido el proceso revolucionario ruso iniciado en 1917. Y para Rusia partía ahora, adonde como deportada y llena de esperanzas llegó en enero de 1920: «El nuevo país al que iban a encaminarse había sido el suyo de la infancia y ahora se encontraba bajo el signo de una revolución que les llenaba de esperanzas. Seis días antes de la Navidad de 1919 salían hacia su nuevo destino en el "Buford", un desvencijado navío militar. Emma y Alexander no compartían el estrecho criterio de muchos anarquistas que reducían la revolución de Octubre a un golpe de Estado dado por la izquierda. Para ellos, Octubre había sido la culminación de la revolución rusa y miraban a los bolcheviques con ojos de buenos amigos y estaban en buena medida convencidos de que éstos se habían apropiado de ciertas premisas libertarias para proclamar que todo el poder debía de ser para los soviets, o sea para los consejos obreros de obreros, campesinos y soldados» (Gutiérrez Álvarez-Page, 2007).

Pero la esperanza en la revolución rusa dará paso, tras dos años en el país, a la decepción que Goldman traduce en *Mi desilusión en Rusia* (1923). Fue testigo de la represión bolchevique de los disidentes y, cuando se reunió junto a Berkman con Lenin para interesarse por la suerte de los presos políticos y entre ellos los anarquistas, su desilusión se vio reforzada.

Tras la muerte de su admirado teórico anarquista Kropotkin el 8 de febrero de 1921 y las dificultades que el gobierno ruso puso para su cortejo fúnebre, organizado entre otros por Emma Goldman y por Berkman, los sucesos de Kronstadt le decidieron radicalmente a rendirse ante la evidencia del fracaso de la revolución a manos de los bolcheviques. Los marinos de Kronstadt se reunieron en asamblea para pedir libertad de expresión, que fueran liberados inmediatamente los presos políticos y que se iniciara un nuevo proceso electoral. Ante la represión del movimiento ordenada por Lenin, los marinos rechazaron el poder de los bolcheviques y se constituyeron durante más de dos semanas en una organización auto-gestionaria independiente. Emma Goldman y Alexander Berkman intentaron sin éxito mediar en el conflicto dirigiéndose al propio Lenin, quien finalmente ordenó una represión total del levantamiento, que se saldó tras más de diez días con miles de muertos, fusilados y encarcelados.

Como decía, estos acontecimientos marcaron el desengaño definitivo de Goldman con la revolución de los bolcheviques, y le llevarían a la necesidad de ponerlo al

descubierto, ya que «Uno no puede haber vivido dos años de terror comunista, de un régimen que implica la esclavización de todo un pueblo, la aniquilación de los valores fundamentales —humanos y revolucionarios—, dos años de corrupción, de mala gestión y, aun así, permanecer indiferente o neutral en su crítica» (Goldman, 2018, p. 22).

El 1 de diciembre de 1921 Goldman y Bekham consiguieron permiso y abandonaron Rusia. Acogida inicialmente en Suecia y luego en Alemania, sus críticas públicas y publicadas al régimen soviético y a la dictadura del proletariado dieron pie a que se la tratara como un elemento contrarrevolucionario sufragado por el capitalismo. Ante los incesantes ataques, Emma se trasladó a Londres en 1924, donde obtuvo la nacionalidad inglesa por un matrimonio de conveniencia con un minero y donde siguió su actividad de denuncia de la perversión bolchevique de la revolución rusa. En 1926, gracias al apoyo económico de algunos amigos, abandona Gran Bretaña y se instala en Francia, en St. Tropez, en una casa que será su refugio y que llamó «Bon Sprit».

Tras luchar sin éxito en defensa de los anarquistas Sacco y Vanzetti, que fueron ejecutados en Estados Unidos en 1927 acusados sin pruebas de un doble asesinato, Emma dedicó tres años a su autobiografía, que publicó en 1931 y que tituló *Viviendo mi vida* (Goldman, 1977). Consiguió que se le permitiera un visado para visitar Estados Unidos durante noventa días, pero el regreso temporal resultó un fracaso personal y económico, y con esa frustración regresó a St. Tropez. En 1936 Goldman recibió un golpe del que no podría reponerse: su compañero y camarada Alexander Bekman se suicidó el 28 de junio de ese año.

En la negra desesperanza que siguió a este suceso, Emma sólo revivió para apoyar a los revolucionarios republicanos de la Guerra Civil en España. Viaja a Barcelona en el otoño de 1936 y entra a colaborar con el sindicato anarquista Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Se implicó en las campañas y asambleas anarquistas, viajó a varios frentes de guerra, como Madrid y Aragón, y tuvo la ocasión de conocer a Durruti. A su regreso, Emma se detiene en Londres e inicia una intensa campaña de apoyo a los revolucionarios españoles. Un año después, en 1937, también en septiembre, vuelve a España. Y todavía viajará una tercera vez a España en el verano de 1938. En los intervalos de esos viajes, despliega una amplia campaña como representante europea del anarquismo español. Tras la victoria de Franco en 1939, Emma viajó a Canadá donde buscó apoyo económico para los republicanos españoles refugiados y donde intensificó su campaña contra la dictadura fascista de Franco.

Ese mismo año estalló la Segunda Guerra Mundial y Emma Goldman, como ya había hecho en la Primera Guerra Mundial, comenzó sus giras de propaganda anti-militarista. En febrero de 1940, en Toronto, le sobrevino una hemorragia cerebral y, tras quedar paralizada de medio cuerpo, no pudo sobreponerse a una segunda hemorragia el 14 de mayo. Tal como ella deseó, fue trasladada a Chicago y enterrada con los anarquistas ejecutados por los sucesos de Haymarket, aquellos por lo que Emma Goldman decidió entregar su vida a los ideales anarquistas.

Además del panorama biográfico, nos interesará aquí primordialmente atender a los escritos de Emma Goldman y detenernos más detalladamente en los que pueden dar señas de su feminismo. Lo haremos no con la intención de ceñirnos a sus ideas en esta dirección, sino más bien de reflexionar y dialogar críticamente con ellas. Es indiscutible que Goldman se interesó por el problema de las mujeres y su discriminación y de ello dan cuenta los escritos que dedicó sustancialmente a esta cuestión. Analizaremos lo que puede considerarse el feminismo anarquista de esta autora, centrándonos en cada capítulo en una de sus aportaciones a la cuestión, que ordenamos por orden cronológico en «La tragedia de la emancipación de la mujer», publicado en *Mother Earth*, vol I, 1906; «Tráfico de mujeres», también en *Mother Earth*, vol. IV, enero 1910; «Matrimonio y amor» y «El sufragio femenino», recogidos en *Anarchism and other essays*, Mother Earth Publishing Association, 1910-1911³⁰.

2. CONTRA EL EMANCIPACIONISMO FEMINISTA

«¡Libertad e igualdad para las mujeres! Cuántas esperanzas y cuántas ilusiones despertaron en el seno de ellas, cuando por primera vez estas palabras fueron lanzadas por los más valerosos y nobles espíritus de estos tiempos» (Goldman, 2016, p. 113). Goldman escribe estas palabras cuando trata de «La tragedia de la emancipación de la mujer». E inmediatamente afirma que esas esperanzas y esas ilusiones se frustraron, porque la emancipación «fracasó en su cometido fundamental». Y continúa: «¿Qué consiguió ella (la mujer), al ser emancipada? Libertad de sufragio, de votar. ¿Logró depurar nuestra vida política, como algunos de sus más ardientes defensores predican? No, por cierto» (Íbid.).

Goldman piensa que, en el mundo del capitalismo industrializado, la gran masa de las mujeres trabajadoras ha sido condenada, antes que emancipada, a la carga de la doble jornada en el trabajo asalariado y en el del hogar: «La gran masa de muchachas y mujeres trabajadoras, ¿qué independencia habrían ganado al cambiar la estrechez y la falta de libertad del hogar, por la carencia total de libertad de la fábrica, de la confitería, de las tiendas o de las oficinas? Además, está el peso con el que cargarán muchas mujeres al tener que cuidar el hogar doméstico, el dulce hogar, donde sólo hallarán frío, desorden, aridez, después de una extenuante jornada de trabajo. ¡Gloriosa independencia esta!» (Goldman, 2016, p. 114).

³⁰ Además de las ediciones que aquí se manejan y se citan, algunos de los títulos de Goldman como «Matrimonio y amor» y «El sufragio femenino», entre otros, se recogen en la cuidada selección Goldman, Emma, *Feminismo y anarquismo*, Madrid, Enclave Libros, 2017, con prólogo de Lola Robles e introducción de Bruna Bianchi.

En línea con las feministas socialistas y marxistas, como Clara Zetkin³¹, Goldman quiere distanciarse del sufragismo, en tanto en cuanto el derecho político del sistema representativo burgués que hay que abolir. En este sentido, declara que «Ahora la mujer se ve en la necesidad de emanciparse del movimiento emancipacionista si desea hallarse verdaderamente libre. Puede esto parecer paradójico, sin embargo es la pura verdad» (Goldman, 2016, p. 113). Y argumenta que el emancipacionismo ha creado un antagonismo entre mujeres y hombres, que en realidad va contra los propios intereses de liberación de la mujer. Porque la mujer tiene que ser libre, no sólo para votar o para acceder al trabajo asalariado o a las profesiones liberales, sino que ha de encontrar el verdadero camino para romper con los prejuicios interiores que le impiden desarrollar «sus instintos amorosos y maternos» (Goldman, 2016, p. 115).

Para Goldman, la tragedia de la emancipación de la mujer se cifra en que se pretende acabar con las tiranías exteriores, con el acceso de las mujeres al voto y a la vida política, pero no con las tiranías interiores, aquellas que perpetúan las convenciones éticas y sociales. Por tanto, entiende que «El derecho del voto, de la igualdad de derechos civiles, pueden ser conquistas valiosas; pero la verdadera emancipación no empieza en los parlamentos, ni en las urnas. Empieza en el alma de la mujer». Si reclamar los mismos derechos que los hombres es algo justo, Goldman escribe que «el derecho más vital es el de poder amar y ser amada» (Goldman, 2016, p. 123).

Para este objetivo, considera absurda la idea de que el hombre y la mujer representan dos mundos antagónicos y, antes bien, reclama que «habrá que barrer de una vez con la ridícula noción que ser amada, ser querida y madre, es sinónimo de ser esclava o de completa subordinación» (Íbid.). Porque para Goldman la verdadera emancipación está «en el amor sin trabas» y este es el que «contiene la honda emoción de la verdadera mujer, la querida, la madre capaz de concebir en plena libertad (Goldman, 2016, p. 115)». Aquí resuenan la ideas del amor libre y la maternidad libre como garantías de «La paz y la armonía entre ambos sexos y entre los individuos» (Goldman, 2016, p. 111). Desecha que sea la igualdad la condición para una auténtica y humana relación entre los sexos, para venir a predicar que «Comprenderse mutuamente es para mí suficiente», ya que la completa emancipación de la mujer se dará cuando pueda expresar todo su ser y «barrido todo artificial convencionalismo, tendiendo a la más completa libertad, ella irá luego borrando los regazos de centenares de años de sumisión y esclavitud» Goldman, 2016, p. 112).

³¹ Me permito remitir aquí a Posada Kubissa, Luisa, «Sobre la “cuestión femenina” en Clara Zetkin», *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, n.º 49, julio-diciembre 2017, pp. 177-196, que tiene una primera versión en Posada Luisa, Luisa, *Filosofía, crítica y (re)flexiones feministas*, Madrid, Fundamentos, pp. 123-142.

Entre las causas de la tragedia existente «en la vida del hombre y de la mujer moderna», Goldman encuentra una fundamental en el movimiento de emancipación femenina que, a su juicio, con una «estrecha y puritana visión desterró al hombre como un elemento de su vida emocional y de dudosa moralidad. El hombre no debía ser tolerado, a excepción del padre y del hijo, ya que un niño no vendrá a la vida sin el padre». Y añade: «Afortunadamente, el más rígido puritanismo no será nunca tan fuerte que mate el instinto de la maternidad» (Goldman, 2016, pp. 117-118).

En realidad, leyendo este texto de Emma Goldman cabe percibir que lo que le parece en definitiva la verdadera tragedia de la emancipación femenina no es otra cosa que el propio movimiento feminista de su momento. Como anarquista, no comparte que la lucha por el derecho al voto político de las mujeres sea un objetivo primordial, ya que ese derecho no es más que otro engranaje del sistema burgués representativo. Pero, más allá de sus objeciones políticas, también parece considerar que la estrechez de miras del movimiento emancipacionista consiste en que sigue preso de las viejas convenciones sociales y morales, sin ser capaz de llevar a la mujer a una liberación radical. Una liberación que, a lo que se ve, no pasa por enfrentarla al hombre, ni por reclamar sus derechos y su igualdad, sino por una transformación interior que la conduzcan a la plena libertad como individuo susceptible de amar y ser amada sin las trabas ni los prejuicios de un puritanismo ancestral.

Lo cierto es que estos planteamientos no dejan de traslucir un discurso algo candoroso y de tintes románticos. Porque sin duda Emma Goldman es consciente de que las mujeres están en situación de subordinación, pero no parece que para ella la salida a esta situación pase por una suerte de revolución interior que no deja de ser una receta sin ingredientes.

3. EL «COMERCIO DE MUJERES»

En 1910 Emma Goldman se asombra de que «Nuestros reformistas han hecho un gran descubrimiento: el tráfico de blancas» (Goldman, 1977, p. 27). E, inmediatamente, corrige esta expresión: «No solamente se comercia con las de raza blanca, sino con las amarillas y las negras». Y la causa de este comercio para Goldman es palmaria: «La explotación. El Moloch sin misericordia del capitalismo que engorda a costa del trabajo mal pagado, que conduce, así, a millares de mujeres y jóvenes a la prostitución» (Goldman, 1977, p. 28).

La prostitución, que tiene como causa «la inferioridad social y económica de la mujer», supone que la mujer vende sus favores sexuales para obtener «su derecho a existir o a mantener una posición». Y, subraya Goldman, «No es más que una cuestión de grados el hecho de que se venda a un solo hombre, dentro o fuera del matrimonio, o a muchos» (Goldman, 1977, p. 29). Cita Emma Goldman varios trabajos sobre prostitución, que vendrían a avalar la tesis de que los factores económicos son decisivos

a la hora de tener presente los determinantes de ese fenómeno. Se extiende en la referencia a *Sex and Society* de Havelock Ellis³², para señalar que, si bien este autor no concede tanta relevancia a las causas económicas, sí vincula estrechamente un gran porcentaje de la prostitución reclutada en la clase de mujeres del servicio doméstico. Y la propia Goldman, en paralelismo con Ellis, afirma ahora que «Es superficial y excesivamente parcial afirmar que el factor económico es la única causa de la prostitución». Y señala que existen otros factores que se vinculan con el «problema sexual» (Goldman, 1977, p. 35).

Habla Goldman del desconocimiento absoluto de las mujeres jóvenes respecto al significado y la importancia del sexo. La sociedad admite que la sexualidad forma parte del proceso propio de desarrollo del hombre. Pero, en el caso de la mujer, la misma sociedad considera que debe permanecer en total ignorancia con relación a las cuestiones sexuales, en una situación, dice Goldman, que se califica de «inocencia». Esta ignorancia, «unida a una naturaleza sexual sobreexcitada y reprimida, propicia una situación que nuestros puritanos desean evitar o prevenir de cualquier manera» (Goldman, 1977, p. 37); es decir, propicia la prostitución.

El argumento que a continuación desarrolla Goldman, así como la explicación de qué sea eso de la «sobreexcitación», resulta ser tan peculiar que merece la pena transcribirlo completo. Escribe Goldman: «Las jóvenes, casi niñas, trabajan en habitaciones calurosas, de diez a doce horas diarias frente a una máquina que las mantiene en un estado de sobreexcitación sexual constante. La mayoría de ellas carece de las mínimas condiciones de comodidad, o ni tan siquiera tiene un hogar; así, la calle o los lugares baratos de diversión le brindan la única forma de olvidar por un momento la fatigante rutina diaria. Es obvio que esta situación las aproxima mucho más al sexo opuesto. Es difícil decir cuál de ambos factores conduce a la sobreexcitada muchacha a un clímax, pero lo que sí es cierto es que ese clímax es la consecuencia más natural. Es el primer escalón hacia la prostitución. Y la culpable no es la muchacha» (Goldman, 1977, p. 38). Según esta interpretación de Goldman, parece que la prostitución se entiende como el resultado de una «sobreexcitación sexual» de las mujeres debida bien a la calurosa temperatura del lugar de extenuantes jornadas de trabajo, bien a la tendencia a buscar la diversión en las calles dada su mísera condición. Desde luego, ni en su momento ni ahora puede tomarse en serio esta lectura de Goldman, en particular la que hace mención a un clímax de sobreexcitación que sería «el primer escalón hacia la prostitución». Si así fuera, acabar con la prostitución pasaría, como Goldman lo dice, por «abolir la esclavitud industrial», lo cual está lejos de comprender que esta institución no obedece sólo a

³² Goldman se refiere aquí al libro titulado *Sex in relation to society*, que el sexólogo Havelock Ellis acababa de publicar y que se recoge en el volumen VI de los siete volúmenes de *Studies in the Psychology of Sex*.

las relaciones que impone el capitalismo, sino también y de manera inextricable a las que devienen del sistema patriarcal. Indudablemente, Goldman lee la prostitución sólo en la primera de estas claves y ello explica que, a lo largo de su *Tráfico de mujeres y otros ensayos sobre feminismo* cargue las tintas sobre el paralelismo entre la actividad del proxeneta y la actividad del empresario capitalista. En este sentido escribe: «¿Por qué es el rufián más criminal o una amenaza mayor para la sociedad que los propietarios de almacenes y fábricas que engordan gracias al sudor de las víctimas, sólo para arrojarlas luego a la calle? No pido clemencia para el rufián, pero no comprendo por qué tiene que ser acosado sin misericordia, mientras que los verdaderos responsables de la iniquidad social gozan de inmunidad y respeto» (Goldman, 1977, p. 45)³³.

Estas palabras evidencian que está hablando antes la ideóloga anarquista que la mujer feminista. Y, desde esa preeminencia, Goldman se resiste a cualquier política encaminada a la abolición de la prostitución, argumentando que defender tal cosa es no comprender el problema y es acosar a las mujeres prostituidas: «La simple supresión y las actitudes bárbaras sólo sirven para amargar y degradar a las infortunadas víctimas de la ignorancia y de la estupidez, que ha alcanzado su máxima expresión en el proyecto de ley que penaliza tratar humanamente a las prostitutas como un crimen, castigando a cualquiera que ampare a una de ellas con cinco años de prisión o una multa de 10.000 dólares. Semejante actitud no hace más que demostrar la falta de comprensión de las verdaderas causas de la prostitución como factor social» (Goldman, 1977, p. 46). Goldman sostiene que erradicar la prostitución pasa por «abolir la esclavitud industrial» (Goldman, 1977, p. 47), con lo que se muestran los límites de su crítica feminista, en tanto que esta se dirige siempre al sistema capitalista pero obvia la inextricable vinculación de este con el sistema patriarcal. Lo que es tanto como obviar que la institución de la prostitución podría reproducirse en un sistema no capitalista pero que mantuviera la estructura patriarcal de relaciones.

³³ Aquí el término «rufián» debe ser mejor entendido como «chulo» o «proxeneta», tal como aparece por ejemplo en la traducción de este escrito recogida en Emma Goldman, *La palabra como arma*, Islas Canarias-Madrid: Tierra de Fuego-La Malatesta Editorial, 2008, pp. 114-129, aquí p. 127, donde dice: «En cuanto al sistema de chulos, aberrante como es, no debemos ignorar el hecho de que es esencialmente una fase de la moderna prostitución (...) El proxeneta, sin duda, es un pobre espécimen de la familia humana, pero, ¿por qué es más despreciable que el policía que arranca hasta el último centavo de las prostitutas, para después encerrarlas en la comisaría? ¿Por qué el chulo es más criminal, o una mayor amenaza para la sociedad, que los propietarios de los almacenes y fábricas, quienes engordan con el sudor de sus víctimas, sólo para arrojarlas después a la calle?».

4. REFLEXIONES SOBRE «MATRIMONIO Y AMOR»

Cuando Emma Goldman piensa sobre matrimonio y amor, su intención de entrada es separar ambos conceptos tajantemente y subrayar que uno no se deriva de otro: «La noción más difundida acerca del matrimonio y del amor es que son sinónimos (...). El matrimonio y el amor no tienen nada en común; están tan alejados el uno del otro como los polos; en realidad, son antagónicos. No hay duda que algunos matrimonios han sido el resultado del amor. Pero no, sin embargo, porque el amor sólo pueda afirmarse con el matrimonio (...). Por otro lado, es absolutamente falso que el amor derive del matrimonio» (Goldman, 2008, p. 104).

El matrimonio para Goldman no es otra cosa que «un acuerdo económico, un pacto de seguridad». Por ese pacto, la mujer se condena «a una larga vida de dependencia, de parasitismo, de completa inutilidad, tanto individual como social». El hombre, al moverse en un ámbito más allá de lo doméstico, no se verá tan limitado por el matrimonio y «sentirá sus cadenas más en un sentido económico» (Goldman, 2008, p. 106). Goldman aporta cifras para documentar que el matrimonio es un fracaso como institución, apelando a las estadísticas que muestran un incremento en las tasas de divorcio.

Detrás del fracaso del matrimonio está la incapacidad «de desarrollar el conocimiento y el respeto mutuo», ya que ambos sexos han sido socializados en medios tan diferentes que «se sienten extraños entre ellos». El matrimonio tampoco está pensado para superar esa extrañeza, pues no pretende un mayor conocimiento del otro: «La mujer no necesita saber nada del hombre salvo sus ingresos. Y en cuanto a la mujer, ¿qué se necesita saber de ella salvo que tenga un aspecto físico agradable?» (Goldman, 2008, p. 107).

Resulta al menos chocante que Goldman no relacione esta situación en el matrimonio con la estructural relación de desigualdad entre los sexos. Y no menos llamativo es que se refiera a la toma de conciencia de la mujer como algo que está socavando el matrimonio en un solo párrafo, general y evasivo, en el que no hace alusión alguna a que esta toma de conciencia se esté dando en esos momentos por las reclamaciones feministas, ni reconozca los avances de las luchas por la igualdad femenina. Goldman se limita a observar que «Ahora, cuando la mujer comienza a tomar conciencia de su propio ser, ahora que está tomando conciencia como alguien independiente de la gracia de su amo, la sagrada institución del matrimonio poco a poco comienza a socavarse, y no bastan las sentimentales lamentaciones para sostenerla» (Íbid.).

La educación y la formación de las jóvenes se dirige desde la infancia al fin del matrimonio. Pero a la vez la futura esposa y madre es mantenida en la más completa ignorancia respecto del sexo. De este modo, la mujer llega al matrimonio en la total ignorancia de las cuestiones sexuales, ignorancia que el discurso dominante ha convertido en virtud femenina. Y esa ignorancia redundante en «desdicha, miseria, angustia

y sufrimientos físicos del matrimonio». Un matrimonio en el que no cuenta el enamoramiento, sino que «la lección moral que se inculca a la muchacha no es si el hombre se enamora de ella, sino más bien: “¿Cuánto gana?” El más importante y único Dios de la vida práctica norteamericana» (Goldman, 2008, p. 108). La idea de que el marido ha de poder sustentar a la mujer está arraigada para Goldman incluso en el amplio sector de las mujeres que se han incorporado al trabajo asalariado. Habla de seis millones de mujeres asalariadas que tienen «los mismos derechos que los hombres a ser explotados, a ser robadas y a declararse en huelga, incluso a morir de hambre». Esos seis millones de asalariadas se distribuyen «en todos los campos de la vida, desde los más altos trabajos intelectuales a los más difíciles trabajos manuales en las minas y en los tendidos ferroviarios; sí, incluso detectives y policías. Seguramente, la emancipación es completa» (Goldman, 2008, p. 109).

Lo que le interesa demostrar a Goldman es que, a pesar de esa supuesta emancipación, a la que se refiere no sin sarcasmo, estas mujeres asalariadas conciben su trabajo como algo transitorio hasta el matrimonio. Sin embargo, la mayoría de ellas tiene que seguir trabajando fuera del hogar tras casarse, de modo que a la penuria del trabajo asalariado se añade la penuria del trabajo doméstico, por lo que el matrimonio «no la libera de la esclavitud salarial; sólo aumenta su carga». El hogar, subraya Goldman, que el matrimonio garantiza a la mujer es el hogar *de él*: «Ella se mueve en la casa de él, año tras año, hasta que los aspectos de su vida y de sus relaciones se vuelven tan superficiales, restringidas y monótonas como todo lo que la rodea» (Goldman, 2008, pp. 109-110).

Tampoco, como se pretende, el matrimonio cumple la función de proteger a los niños, pues Goldman aduce cuántos miles de niños son indigentes, acabando en orfanatos, asilos y reformatorios. Mucho menos protege a la mujer, a la que la institución matrimonial convierte en «parásita y absolutamente dependiente; la incapacita para la lucha de la vida, aniquilando su conciencia social, paralizando su imaginación para después imponer su cortés protección, la cual es en realidad una trampa, una parodia del carácter humano» (Goldman, 2008, p. 111).

Frente a esta depravada y execrable institución que es el matrimonio, va a contraponer un discurso sobre el amor, que en realidad es un cántico con tintes románticos al amor libre, fuera de aquella institución sacralizada por Estado e Iglesia. Escribe Goldman: «El amor, el más fuerte y profundo elemento en toda la vida, el precursor de la esperanza, de la alegría, del éxtasis; el amor, que desafía todas las leyes, todos los convencionalismos; el amor, el más libre, el más poderoso forjador del destino humano; ¿cómo es posible que esa irresistible fuerza pueda ser sinónimo de matrimonio, esa pobre y mezquina mala hierba concebida por el Estado y la Iglesia?». Y añade con ardor indisimulado la pregunta «¿Amor libre?», para contestar de inmediato: «¡Como si el amor pudiera no ser libre!». Este cántico al amor llega a su máximo apogeo, cuando Goldman exclama: «El amor tiene el poder mágico de convertir al mendigo en un rey» (Goldman, 2008, p. 111).

En las páginas siguientes Goldman sigue proclamando las bondades del amor auténtico y no deja de resultar sorprendente su discurso vehemente sobre el mismo, que ahora se presenta como el medio poderoso de cambiar el mundo. Así, leemos que la maternidad libremente, elegida con hombres amados, impedirá que «ningún niño sea abandonado, hambriento o famélico por falta de afecto». Y frente al estado de dominio que «el presidente, el capitalista, el cura» quieren imponer a la mujer por la institución matrimonial, ésta despierta al «profundo sentido de responsabilidad frente a un niño, que el amor a la libertad ha despertado en su pecho». En consecuencia, deduce Goldman, para la madre libre «crecer con su hijo es su lema; sabe que ésta es la única manera que puede ayudar a crear una verdadera masculinidad y una auténtica feminidad» (Goldman, 2008, p. 112). No dice nada más acerca de qué cabe entender por «verdadera masculinidad» y por «auténtica feminidad», más allá de los parámetros de un discurso hegemónico, que es androcéntrico y patriarcal por excelencia. Más bien eleva el tono hasta tintes casi mesiánicos, al hablar de un «nuevo mundo», de una «nueva especie» que tiene «como única base creativa, inspiradora y elevada» el amor (Goldman, 2008, p. 113). Y cierra este elogio del amor en clave ya decididamente de un romanticismo encendido: «Algún día, algunos hombres y mujeres se alzarán, alcanzarán la cima de la montaña, se sentirán grandes, fuertes y libres, predispuestos a recibir, para compartir y calentarse con los dorados rayos del amor (...) Si el mundo es capaz de dar a luz un verdadero compañerismo e identidad, el amor, no el matrimonio, será su progenitor» (Goldman, 2008, p. 113).

Parece que el análisis de Goldman sobre el amor pasa por alto la situación de alienación y de sometimiento, e incluso de violencia, que este rótulo justifica contra las mujeres. La visión del amor a la que Goldman apela se mueve entre la idealización y la falta de crítica. Lejos de desenmascarar los tóxicos efectos que la siempre imperante y romántica versión del amor produce en las mujeres, los elogios de la pensadora cantan una suerte de concepción del amor puro, incontaminado y liberador. No se cuestiona que tal cosa pueda existir y se le otorga, más bien, una capacidad de liberación para la humanidad, que no se nos dice cómo se realizaría ni qué resortes materiales removería. Porque es indudable que Goldman con este discurso, encaminado a ensalzar el amor libre y a denunciar la institución matrimonial, olvida las condiciones materiales que se tienen que dar para una transformación realmente emancipadora, que no parece que vaya a acontecer por la fuerza del amor sin más. Sin duda, la crítica al matrimonio es una señal de identidad de muchas pensadoras feministas, que han visto con justicia en esta institución la perpetuación de la familia patriarcal y de la inferiorización de la mujer. Pero no parece lo más acertado ofrecer como alternativa un discurso sobre el amor como el que perfila aquí Goldman, que queda prendido de un voluntarismo difuso y emocional que no encuentra sustrato político y material en el que hacer pie.

5. RECHAZO DEL SUFRAGISMO

La noción de amor, que hemos visto que predomina en el pensamiento de Goldman, es deudora de su defensa de que hombres y mujeres no son mundos separados o antagónicos, tesis que, a su juicio, está en el ideario de las mujeres sufragistas. El rechazo al movimiento sufragista, así como la propia convicción de que el voto femenino no cambiaría nada de la estructura social y política, lo reflejó Goldman en muchos de sus escritos, pero queda netamente expresado cuando se ocupa de «El sufragio femenino».

Goldman se muestra reticente con que la humanidad haya progresado y transite por la edad de las luces. Porque afirma que sigue dejándose guiar por fetiches. Y apostilla tajantemente: «Otro de nuestros modernos fetiches es el sufragio» (Goldman, 2016, p. 127). Le interesa señalar a Goldman que en particular la defensa del sufragio femenino es un fetiche moderno, ya que «Las mujeres, aún más que los hombres, son fetichistas, y aunque sus ídolos pueden cambiar, seguirán arrodilladas, con las manos en alto, ciegas siempre ante ese dios con pies de arcilla» (Goldman, 2016, p. 127). De modo que, razona, «Entonces, ¿qué asombro puede causar que ella vuelva a ser tan celosa, tan devota, como antaño lo fue, y se postre ante el nuevo ídolo, el sufragio?» (Goldman, 2016, p. 129). En realidad, piensa Goldman, el sufragio universal no es más que una trampa para atar al ser humano a sus cadenas. Por este engaño, se deja al pueblo en manos de los políticos y no se mejoran ni la justicia ni las condiciones de vida de los individuos: «¡El pobre y estúpido ciudadano libre norteamericano! Libre para morir de hambre, libre para vagar por las calles de las grandes ciudades y del campo, disfruta de la bienaventuranza del sufragio universal, y con su derecho forjó las cadenas que arrastran sus pies» (Goldman, 2016, p. 130).

Goldman aclara de inmediato que no se opone al sufragio femenino, «Ya que no veo por cuáles razones físicas, psicológicas y morales la mujer no posee los mismos derechos del hombre». Su rechazo es el rechazo de la ideóloga anarquista al sistema que piensa que el sistema político basado en el sufragio es «absurdo y completamente inadecuado para satisfacer las apremiantes exigencias de mejoramiento, de justicia, de la vida moderna». Y no se entiende a su juicio «de qué manera la mujer, como factor político, puede beneficiarse a sí misma y al resto de la humanidad» (Goldman, 2016, pp. 130-131). Goldman hace un repaso detallado de los países y estado donde existe el voto femenino —como Australia, Nueva Zelanda, Finlandia, los países escandinavos, y los estados de Idaho, Colorado, Wyoming y Utah— para concluir que en ninguno de ellos se ha mejorado la vida de los trabajadores y ni siquiera la de las propias mujeres. Y en ese sentido denuncia: «Pero después de todo, también las *suffragettes* carecen de un concepto claro de lo que es verdaderamente la idea de igualdad. ¿No lo constata ese gigantesco esfuerzo que están llevando a cabo para conseguir un puñado de conquistas que beneficiarán a un grupo de mujeres propietarias,

sin que nada se provea para la vasta masa de los trabajadores?» (Goldman, 2016, p. 139). Menciona Goldman a Emmeline Pankhurst o a Susan B. Anthony, a quienes considera «brillante adalid» y «mujer excepcional» respectivamente. Pero acusa que ambas son indiferentes a las precarias condiciones de vida de los trabajadores desde su posición política liberal.

Frente a quienes, por estas consideraciones, tomen a Goldman por enemiga del movimiento feminista, ella vuelve a declarar que «Repito lo que dije al principio: no creo que la influencia de la mujer empeore el ambiente político, pero tampoco creo que lo mejore» (Goldman, 2016, p. 142). Sostiene que en Rusia se habría alcanzado la igualdad entre hombre y mujer, pero «no a través del voto y sí por su voluntad de querer y poder. No conquistó únicamente para ella un vasto campo de enseñanzas para sus particulares vocaciones, sino que alcanzó la estima del hombre, su respeto y su camaradería; y es más, se ganó el respeto, la admiración del mundo entero. Y esto no fue por el sufragio y sí por su heroísmo, su fortaleza, su industriosisidad y su poder de soportarlo todo en la lucha por la libertad» (Goldman, 2016, p. 142). Hay que observar que estas palabras corresponden a 1910, antes por tanto de su profunda desilusión con la Rusia bolchevique que, como vimos, quedará plasmada en su título *Mi desilusión en Rusia* de 1923.

Reconoce la importancia del Congreso de Seneca Falls, cuando en 1848 se pidió la educación para la mujer, el acceso a las profesiones, el voto político, etc. En palabras de Goldman «Hace justamente sesenta y dos años que un puñado de mujeres en el congreso de Seneca Falls presentó un plan de reformas y de demandas por las que se exigía el derecho de tener la misma educación que los hombres y el acceso a varias profesiones, oficios, etc. ¡Qué triunfo, que empresa más magna fue esta!» (Goldman, 2016, p. 143). Pero a su juicio estas demandas, que son de sentido común, y las del sufragio no añadirán ni quitará nada. Resume cuáles han de ser para ella las vías por las que la mujer ha de transitar para su emancipación: «El desenvolvimiento ideal de sus facultades, su libertad, su independencia personal deberá ser la obra de su propio intelecto y de sus propias manos. Primero, afinándose como carácter y como individualidad libre, y no como un objeto de placer; segundo, rechazando todo derecho que se quiera imponer sobre su cuerpo; rehusándose a procrear, cuando no se sienta con necesidad de hacerlo, negarse a ser sierva de dios, del Estado, de la sociedad, del marido, de la familia, simplificando su existencia tornándola más profunda y rica en nobleza» (Goldman, 2016, pp. 143-144).

Por lo que venimos viendo, puede deducirse que a Emma Goldman la lucha por el sufragio femenino le parece, como también le parecía a Clara Zetkin, un movimiento de connotaciones burguesas. Por cuanto argumenta que el voto de las mujeres no va a mejorar las condiciones materiales de los trabajadores, Goldman en realidad está siguiendo aquí lo que son sus convicciones anarquistas: el sistema liberal-representativo es un sistema burgués, que en nada interesa al proletariado. En este sentido, podría decirse que Goldman es antes anarquista que feminista y que de hecho no piensa que

la conquista del voto femenino sea otra cosa que una reivindicación reformista, que no afecta ni va a la raíz del cambio radical y revolucionario del orden social. Un cambio que solo puede auspiciar el horizonte anarquista. En coherencia con ello Goldman declara en otro lugar, al hablar de «Anarquismo: lo que significa realmente», que «toda forma de oposición individual y social al desorden existente está iluminada por la luz espiritual del anarquismo. Es la filosofía de la soberanía del individuo. Es la teoría de la armonía social. Es la gran e impetuosa verdad viviente que está reconstruyendo el mundo y nos anuncia el amanecer» (Goldman, 2017, pp. 112-113).

Aunque, como hemos visto, Goldman no rechaza que las mujeres puedan votar, su desavenencia con el sufragismo es algo que se ha considerado lógico: «Lógico porque ella no cree en el Estado ni en las votaciones como forma de participación democrática, ni para las mujeres ni para los hombres (Robles, 2017, p. 26). Aun cuando el sufragismo fuera un movimiento de mujeres de clase media y con connotaciones burguesas, lo cierto es que puede afirmarse que su lucha por el voto les llevó a cuestionar y replantearse críticamente aspectos de la sociedad en la que vivían, como la pobreza femenina en las fábricas, la violencia contra las mujeres, su explotación sexual y hasta la brutalidad de la lógica militarista. Pero cabe afirmar que «El rechazo hacia las premisas del movimiento sufragista llevó a Emma Goldman a no medirse con la reflexión feminista contemporánea sobre la diferencia de sexo» (Bianchi, 2017, p. 49). Y creemos que aquí se pierde una vía importante de reflexión crítica, que podría haber hecho a la pensadora anarquista reconocer determinados aciertos del movimiento feminista en su cuestionamiento del orden social.

Se ha afirmado que «En el ímpetu de la polémica sufragista, Emma Goldman no afronta la cuestión del dominio masculino en la familia y en la sociedad, del dominio sostenido por las instituciones políticas y sociales, por la mentalidad y los prejuicios (Bianchi, 2017, p. 50). En otras palabras: Goldman no percibe la dominación de las mujeres como dominación patriarcal. Frente a un sistema tal como el patriarcado, ella —como otras autoras del momento— probablemente piensa que la situación de las mujeres se debe a un orden social de opresión del estado y de las estructuras capitalistas y que, como tal, esa situación se corregirá con la revolución que de fin a este orden. En este sentido ni valoró ni dialogó con los posibles aciertos críticos del movimiento feminista de su momento. Solo el anarquismo lograría redimir a la humanidad, hombres y mujeres por igual, y en particular a hombres y mujeres trabajadores, de sus condiciones de esclavitud. En palabras de la propia Goldman: «Así que el anarquismo favorece la liberación de la mente humana del dominio de la religión; la liberación del cuerpo humano del dominio de la propiedad, la liberación de las cadenas y de las limitaciones impuestas por el gobierno» (Goldman, 2017, p. 107). Fuera, por tanto, de la revolución anarquista no hay para Goldman proyecto político alguno, tampoco el feminista, que sea prioritario o, ni siquiera, posible.